



# EX- LIB- RIS

LA HERÁLDICA DE LOS LIBROS  
COLECCIÓN DE EX LIBRIS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



# EX- LIB- RIS

LA HERÁLDICA DE LOS LIBROS  
COLECCIÓN DE EX LIBRIS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Del 24 de abril al 28 de mayo de 2015 | Sala Leopoldo Marechal



# LA LECTURA COMO BLASÓN

◆ Por Horacio González ◆

Director de la Biblioteca Nacional

No es infrecuente que se diga que hay un indudable origen aristocrático en el acto de señalar la pertenencia de un libro fijando en su cuerpo físico un grabado adjunto, una estampilleta labrada con signos artísticos que garantiza la inmaterial presencia del propietario. Quizá sea éste el origen del prestigio intelectual y también la vinculación de la propiedad con el acto de leer. En un doble sentido, se significaba que el libro pertenecía a una persona calificada y que la calificación de esa persona también emanaba del libro. Por ello, el *ex libris* es una manera de la subjetividad estetizada, la forma plástica que adquiere el yo lector, fusionado en el sujeto propietario, durante largos siglos. El *ex libris* es equivalente a un sello lacrado que, al quedar fijo luego del derretimiento, asevera sin dudar que hay una forma de adueñarse de la cultura que, consciente de sí misma, participa de la historia del arte al mismo tiempo que de las metáforas de posesión. Es artística ella misma. El pasaje del lacre, de materia amorfa caliente a su condición de frígido sello señorial, tiene el mismo cometido que en los contratos privados de propiedad o comercio.

Con el sentido heráldico del *ex libris*, como parte de una genealogía familiar, ellos también quieren indicar que el trato con los libros va más allá que el vínculo con los bienes raíces. Se trata de la biblioteca personal como bien simbólico, que en algunos casos es equivalente a la propiedad territorial fijada en penumbrosas escribanías, al surgimiento de la marca del ganado junto al alambrado a mediados del siglo XIX, o a los acostumbrados logotipos con que las empresas de siglos posteriores fijaban en diversas mercancías su enigmática señal deseante en el mercado. Pero el caso del

*ex libris* contrasta en por lo menos un punto fundamental. Equipara el libro (en su tenencia o eventual lectura) a un espíritu poseedor que en su identidad personal concibe la alegoría de una etiqueta artística, a la vez poseedora de la identidad del artesano que la ha grabado. Y en última instancia, al anhelo de tener una vida alegórica, ensoñada. Son todas evidencias de que el libro pertenecía menos a la “industria cultural”, como hoy diríamos, que a la “industria del prestigio personal”, y señalaba directamente a una vida dotada de las insignias del saber o de la fruición por el arte. Por eso, poseer un libro era poseer un símbolo o un signo parcialmente misterioso, y ese signo señalaba a un sujeto específico, portador de gestos y emblemas de sabiduría.

El libro era un hombre y los hombres esperaban los libros entre las ramificaciones boscosas de todas las estampas sobre mitos y genealogías legadas por la humanidad antigua y clásica. Hoy pervive –su llama ya apagada– la maravillosa condición del *ex libris* en remotos gestos nostálgicos, como poner nuestro nombre o nuestra firma en la portada de un libro recién comprado, en forrarlo con un papel improvisado, en hacerle alguna marca distintiva que en no pocos momentos significará el lugar donde se lo ha leído; y otras veces, cuando se opta por tener un libro despojado de toda marca –aunque en el lugar del noble *ex libris* esté la oblea que suelen colocar las librerías–, será el tiempo vacío e inerte con que permanece en nuestros estantes olvidadizos, el que le dará la paciente identidad del polvo. Y siempre colaboradores, los ínfimos bichitos roedores, que sustituirán con sus milenarios rastros de oruga a aquellos talentosos talleristas de una estampería medieval. ■



# LA HERÁLDICA DE LOS LIBROS: COLECCIÓN DE EX LIBRIS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

◆ Por Guillermo David ◆

Son muchos los modos de habitar los libros. Su presencia muda en los anaqueles de nuestros hogares o de las bibliotecas públicas es garantía de un universo en ciernes. La revelación prometida o deseada que acecha en las páginas del libro que nos está destinado es sin duda una de las claves de la supervivencia de su formato, a contrapelo de los insistentes designios sobre su muerte.

Leerlos, acaso escribirlos, no son ni con mucho las formas más usuales de nuestra relación con los libros. Buscarlos incansablemente en las librerías, dar con ellos en forma casual, adquirirlos, poseerlos, subrayarlos, citarlos o comentarlos y, a partir de sus contenidos, autor, editorial, o ciertas características físicas o estéticas de su factura, construir series que han de resultar a la postre infinitas, son acciones que conducen casi sin solución de continuidad a transformar en coleccionista a quien poco a poco ha ido tejiendo su vida en diálogo con la palabra impresa.

La bibliofilia es un arte exquisito que supone un género de conocimientos que si bien no son secretos basculan en torno del exclusivismo y la distinción. El ansia de posesión singular de libros, cuya factura implica la seriación, propone situaciones paradójales. Pues se trata de objetos múltiples que se vuelven coleccionables por

motivos muy diversos, en general instituidos por los propios coleccionistas, basados en gustos personales y criterios demarcados en base a sus posibilidades o simples caprichos. Uno de los más conspicuos recalca en la ornamentación con lujosas encuadernaciones, aunque es más común la bibliofilia centrada en libros producidos en papeles especiales, con tipografías peculiares, ilustrados por famosos o raros dibujantes y grabadores, en tiradas restringidas. Vale decir, producidos ad hoc. Aunque la gama de variantes que concurren para que un libro se vuelva pieza de bibliófilo se incrementa con la misma ampliación del mercado de la bibliofilia, que continuamente propone nichos específicos en constante variación. Así, en los últimos años la tendencia al coleccionismo de libros ya no necesariamente lujosos sino más bien vinculados a momentos peculiares de la historia literaria (en la Argentina, el coleccionismo borgiano se volvió una costumbre, aunque no le van en saga el dirigido a las ediciones populares de los años treinta o las publicaciones de las izquierdas) ha extendido el concepto volviéndolo cada vez más lábil.

Uno de los puntos donde la apropiación privada se vuelve parte central del solaz fructivo, del lujo singular del propietario de una biblioteca construida con denuedo a lo largo de

los años, es el coleccionismo de ex libris. Pequeño objeto artístico cuya existencia casi secreta signa con su marca el ejemplar escogido para formar parte de una serie mayor, el ex libris se ha transformado de mero apósito funcional adherido con el fin de proclamar la propiedad del poseedor a un formato autonomizado de su función donde se ejercitan no pocos de los mejores artistas. A esa característica se suma otra no menos importante: la mayoría de los ex libris son producidos de manera dirigida, por pedido del propietario, recogiendo ciertas trazas de su personalidad graficadas en objetos o símbolos que lo representen. Prolongación personalizada de la tradición de los emblemas, los ecos de la heráldica, con sus señalamientos de blasones que singularizan al sujeto de marras, resuenan en la constitución de la imagen del poseedor, deviniendo un equivalente simbólico de su firma. Pero también –y sobre todo– resulta relevante la mirada del artista –dibujante o grabador– que da su impronta estilística al género en el cual se inscribe. Es por ello que supone un gran desafío para el coleccionista la catalogación de ex libris. Pues a veces su importancia estriba en el destinatario (una figura eminente de la historia, la literatura, o una institución o acontecimiento relevantes), en tanto en otras ocasiones es el diseño o el nombre del artista, o alguna especificidad lo que signan su importancia. Hay ex libris eróticos, conyugales, mortuorios, institucionales, sonoros, conmemorativos, *ex musicis*, deportivos, etc.

Estas situaciones ambiguas caracterizan la colección de ex libris que atesora la Biblioteca Nacional, que hoy se muestra por primera vez. Proveniente de una donación efectuada en 1979 por los herederos de María Magdalena Otamendi de López Olaciregui (1920-1977), grabadora oriunda de Bahía Blanca, coleccionista y fundadora de la Asociación Argentina de Exlibristas, consta de 26.000 piezas originales, donde predominan las de origen europeo, aunque también se destacan ex libris japoneses, brasileros, canadienses y, por supuesto, argentinos. Hemos escogido mostrar en primer lugar

los ex libris de autores argentinos –dibujantes notables, como Alejandro Sirio o López Naguil, o grabadores de talla, como Pompeyo Audivert, Víctor Delhez o Adolfo Bellocq– o pertenecientes a conocidos escritores nacionales, como Victoria Ocampo, Hugo Wast, Ricardo Güiraldes, Eduardo Mallea o Manuel Mujica Lainez. Asimismo, hemos incluido piezas de factura americana y algunas estampas europeas que grafican bien la diversidad y extensión de la colección. Por lo demás, hemos respetado la catalogación realizada por Otamendi de López Olaciregui –de quien incluimos un apartado especial– basada en la nacionalidad del propietario, que no siempre coincide con la del artista (es el propio caso de la donante, que encargaba ex libris a su nombre a grabadores de las más diversas proveniencias).

No conocemos la biblioteca de Otamendi de López Olaciregui, pero sí podemos disfrutar de este magnífico legado al acervo público nacional, que constituye un melancólico registro de su pasión de artista, coleccionista y, sobre todo, de promotora persistente del culto a este género excelso, casi secreto, del ex libris. ■







Autor: Víctor Poggi  
Propietario: Ricardo Salaberry Bercetche  
Xilografía, 14 x 9,5 cm  
Buenos Aires, 1925

Autor: s. d.  
Propietario: Eduardo M. Suárez Danero  
Cliché, 10,5 x 8,5 cm  
Buenos Aires, s. f.  
(página anterior)



allá  
D. M. G. B. N. O.  
D. M. G. B. N. O.

SIEM  
EX LIBRIS  
MARIA-MAGDALENA  
TAMENDI DE OLACIREGU

# LOS EX LIBRIS, SU ORIGEN, SUS CARACTERÍSTICAS Y SU HISTORIA

◆ Por Roberto D. Müller ◆

Se denomina con la expresión latina *ex libris* –“de [entre] los libros de”– a una cédula de pequeñas dimensiones que se suele adherir a los libros para identificar a su propietario por medio de inscripciones diversas y elementos figurativos y/o decorativos que se insertan en ella. Esa denominación proviene, precisamente, de que muchas de esas papeletas contienen la expresión “ex libris” antepuesta al nombre del dueño, aunque esta característica no aparece, de manera indefectible, en todos los ejemplares conocidos. Dado el fin que persiguen, podemos decir que se trata de instrumentos importantes para ejercer el derecho a reivindicar la propiedad de los libros pertenecientes a un determinado bibliófilo.

A lo largo del tiempo se han dado múltiples variantes de esta fórmula de pertenencia, aunque hoy están prácticamente en desuso. Así, por ejemplo, existen etiquetas en las que figuran expresiones como *ex museo*, *ex dono*, *ex hæreditate* e incluso *ex præmio*. En el primer caso, fueron utilizadas para distinguir a los libros pertenecientes a una institución museística; en el segundo para identificar los recibidos en donación, figurando casi siempre el nombre del donante y el de la persona o la entidad beneficiada. *Ex hæreditate* identifica los libros heredados, en tanto que los

que ostentan la leyenda *ex præmio*, son los que se solían obsequiar para recompensar los exámenes o concursos llevados a cabo en escuelas o gimnasios. También es posible hallar, y por cierto en no pocas oportunidades, la leyenda *ex bibliotheca* en lugar de *ex libris*, pero es esta última expresión la que ha prevalecido como más genérica y determinante, aunque en los países de habla inglesa se ha manifestado una notoria inclinación hacia el uso de la fórmula *book-plate*.

También es común que en la cédula no se imprima la expresión *ex libris* o que sea reemplazada por otras que tienen igual finalidad, tales como las que muestran los casos siguientes, tomados de diversas fuentes y en distintos idiomas: “De la biblioteca de...”, “De la librería de...”, “Pertenece a la biblioteca particular de...”, “XXX Library”, “This book belongs to...”, “Du cabinet de...”, “De la bibliothèque de...”, “Bibliothèque particulière de...”, “Ex libris della librería de...”, “Dai libri...” “Livvria do...”, “E’dos livros de...”, “Ex libris da biblioteca...”, “Aus der Bibliothek...”. Como vemos, las fórmulas a las que se ha recurrido han sido y siguen siendo por demás variadas. Incluso ocurre que, cuando en una biblioteca predomina una temática especial, la expresión *ex libris* es reemplazada por otras que

hacen referencia a esas preferencias, tales los casos de *ex musicis* (para libros sobre música y partituras) y *ex libris eroticis*, o directamente *ex eroticis*, cuando el motivo dominante es manifiestamente erótico, tema por cierto muy frecuentado.

En cuanto a sus orígenes es posible afirmar que recién afloraron en el último tercio del siglo XV, es decir, en íntima relación con los primordios del arte de imprimir y del grabado, y tal vez influidos por las marcas, emblemas o distintivos que los protoimpresores del período incunable solían estampar en sus impresos. Hasta el momento, el más antiguo del que se tiene noticia fue el de Hans Iglar, capellán de la familia bávara von Schoenstett, que apareció en Alemania en una fecha indeterminada que los especialistas ubican c. 1470. En lo que atañe al primer *ex libris* fechado, corresponde la prioridad al de Hieronymus Ebner, también alemán, de 1516; de ahí que se haya dicho que Alemania, la patria del arte de imprimir por medio de tipos móviles y de la industria del grabado en madera, fue asimismo la tierra natal de los *ex libris*. Los franceses han querido disculparse por esta primacía germánica señalando que en Alemania el arte de la encuadernación no estaba desarrollado como en Francia y, por lo tanto, descuidaron una característica muy importante que engalanaba las encuadernaciones galas, como eran los escudos heráldicos de los propietarios o sus iniciales entrelazadas grabadas en el centro de la tapa superior, estampadas a fuego y rehundidas en el cuero o en la pasta de la encuadernación –los llamados *superlibros*–; de ahí que los coleccionistas y bibliófilos franceses, como los españoles, no necesitaran apresurarse en buscar otras marcas de propiedad, puesto que aquellas de las que disponían, visibles ya en las tapas, y a veces también grabadas en los lomos, entre los nervios, sobaban para afirmarla.

Variados son los lugares que suelen elegirse para fijar los *ex libris*, pero ha prevalecido como preferido el reverso de las tapas superiores, que es donde se encuentran casi todos los que conocemos. Con respecto a su ubicación exacta, hay quienes los colocan en el ángulo superior izquierdo e incluso en el



Autor: Alfredo Guido  
Propietario: Carlos Obligado  
Punta seca, 11 x 7 cm  
Buenos Aires, s. f.

inferior, pero en general figuran en el centro de la guarda fija. A veces, debido al recorrido seguido por algunos volúmenes a lo largo del tiempo, muchos de ellos pueden ostentar dos o más *ex libris*, que ilustran sobre los diversos propietarios que en distintos momentos fueron dejando en ellos sus huellas personales.

En lo que atañe a sus formas, estas pueden ser sumamente variadas. Prevalecen los *ex libris* rectangulares, con uno de sus lados menores como base, pero también los hay cuadrados, circulares, ovalados, romboidales, poligonales e incluso triangulares. No existe uniformidad en cuanto a sus tamaños, que pueden variar desde el de una estampilla hasta el de una tarjeta postal, mas ambos extremos son exagerados. En las pautas establecidas para los concursos de *ex libris*, regulados por la

Federación Internacional de Amigos de los Ex Libris (FISAE), se establece que el lado mayor de la imagen debe medir no más de 13 cm. De todos modos, se debe tener en cuenta que, de un mismo ex libris, pueden existir ejemplares de diferentes dimensiones, para así poder incorporarlos a libros de distintos tamaños.

Con respecto a las técnicas utilizadas para concretarlos, los ejemplares más tempranos fueron exclusivamente xilográficos, pero durante los siglos XVII y XVIII, cuando se generalizó cada vez más su utilización, se difundió la costumbre de trabajarlos en planchas de cobre. Además, los hay realizados al buril, a la punta seca y al aguafuerte. También son muchos los estampados por medio de piedras litográficas. Con el correr del tiempo las técnicas se fueron adaptando a nuevos procedimientos, abundando los impresos en tipografía y multiplicados en *offset* o a través de fotograbados. Asimismo, las últimas disposiciones de los expertos en la materia también admiten en los concursos el uso de la gráfica digital.

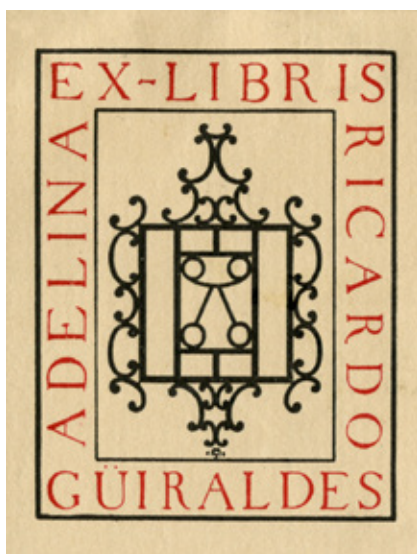
Si los primeros ex libris fueron muy sencillos y de temáticas aún no bien definidas, casi de inmediato se tornaron casi exclusivos los que ostentaban motivos heráldicos, al comienzo de perfiles muy simples, pero más tarde rodeados de una muy rica ornamentación y de complejas alegorías. Como motivo figurativo los blasones perduraron en el tiempo y persisten aún en el presente, pero durante el transcurso del siglo XVIII comenzaron a entrar en competencia con motivos surgidos de un horizonte figurativo más amplio, en consonancia con el ascenso de la burguesía, que no disponía de una heráldica familiar, pero que sí contaba con fervorosos

lectores y poseedores de nutridas bibliotecas. Al comienzo de esta nueva etapa aparecieron ejemplares que sólo ofrecían el nombre del propietario, a veces rodeado por una simple orla decorativa. Entre los más simples también los hay que sólo llevan un monograma o iniciales, siendo por lo tanto los de más difícil identificación, contradiciendo el fin del ex libris, que es el de poder identificar rápida y claramente el nombre del propietario.

Existen ex libris de personas o de instituciones (universidades, bibliotecas, institutos religiosos). También debemos destacar que pueden ser individuales o colectivos (familiares, matrimoniales –denominados conyugales– y fraternales, cuando en ellos figuran los nombres de dos o más hermanos). Asimismo, los hay eminentemente femeninos y también infantiles. Teniendo en cuenta otros motivos, son numerosos aquellos en los que figura una composición artística relacionada con el amor por los libros, como puede ser el interior de una biblioteca o una librería, un gabinete de estudio, un escritorio, una escena de lectura, etc. Asimismo, no es raro hallar, entre la variopinta temática de la que se ha echado mano para ilustrar los ex libris, un dibujo de intención simbólica o una alegoría acompañada por un lema o inscripción alusiva, casos

estos últimos en los que mejor se reflejan la personalidad, el carácter, las aficiones o los gustos del propietario, así como la afirmación de una determinada espiritualidad o ideología. Son, por lo tanto, algo así como blasones intelectuales.

Intentar clasificar temáticamente a los ex libris es tarea imposible e inane. Bástenos enumerar, en rápida perspectiva, que entre otros



Autor: A. Güiral  
Propietario: Ricardo Güiraldes  
Cliché, 8 x 6 cm  
Buenos Aires, s. f.

motivos usuales o curiosos no faltan los humorísticos, burlescos e incluso caricaturescos. También son frecuentes los de temática macabra. Por supuesto, los hay relacionados con la mitología, la historia y la religión. Son usuales los referidos a las profesiones liberales, y además gozaron de aceptación entre los escritores, artistas plásticos, músicos y, por supuesto, los impresores. Comunes son los que demuestran el amor hacia ciertos animales, en algunos casos con connotaciones simbólicas, tal el del búho, relacionado con el atributo ineludible de Minerva y, por lo tanto, con la sabiduría y la filosofía. No son extraños aquellos en los que figuran seres mitológicos o legendarios, como sirenas, unicornios, centauros y tritones, o que recurren a motivos o diversos escenarios de la naturaleza. Tampoco son escasos los que despliegan los perfiles de las ciudades natales de los coleccionistas o sus edificios emblemáticos y, por supuesto, como ya lo anunciamos, los de asunto decididamente erótico, llegando en algunos casos a escenas decididamente pornográficas. Un caso especial se ha dado en España y en algunos países hispanoamericanos, donde el gusto por la tauromaquia ha permitido la prolífica difusión de la temática taurina. Para concluir con esta síntesis temática, que en realidad es inacabable e inabarcable, recordemos que suelen ser habituales los ex libris en los que se representan barcos, automóviles, aviones, trenes, maquinaria industrial; los que aluden a deportes, a la caza, el ajedrez, el teatro, la danza y el cine, y por supuesto a sus protagonistas, *et sic de cæteris*. Restaría señalar que obras cumbres de la literatura universal han sido tema para numerosos ex libris. Así ocurrió con la *Comedia* dantesca y sobre todo con el *Quijote*, que dio lugar a una abundante iconografía y a magníficas exposiciones de ex libris cervantinos, donde se han entrelazado el supuesto retrato del autor y los personajes de su obra inmortal. Para concluir con esta sucinta enumeración, cabe recordar los llamados ex libris “parlantes”, así denominados por tener el dueño un nombre igual o de un sonido semejante al de la imagen representada.

Suele suceder que un bibliófilo cambie de ex libris en un determinado momento. Los

ejemplos al respecto son numerosos, incluso en nuestro medio, como lo son asimismo los de aquellos que eligen uno distinto para cada sección de su biblioteca, o los de quienes no se conforman con dos o tres o cinco, sino que encargan cientos de ellos con su nombre, pero en ese caso ya entran dentro de la categoría de coleccionistas, que los utilizan para realizar intercambios y concluyen por hacerles perder su función primordial.

En cuanto a los rasgos estéticos que han manifestado a lo largo de los siglos, se puede afirmar que, a partir de las características propias del Renacimiento de carácter noreuropeo (alemán y flamenco), atravesando por todas las etapas de la historia de las artes, incluso las decorativas, hasta llegar a las vanguardias del siglo XX y sus movimientos epígonos y, en la actualidad al lenguaje propio del diseño gráfico, no hubo estilo que no se viera reflejado en ellos. Sin embargo, no podemos dejar de resaltar que el que les aportó huellas sobresalientes y les hizo alcanzar altas cumbres de creatividad artística fue el *Art Nouveau*, en todas sus variantes geográficas y en sus diversas denominaciones (*Liberty, Modern Style, Sezession, Floreale, Jugendstil*). Y dentro de esta corriente prevaleció muy especialmente la versión hispánica, sobre todo la catalana, que habitualmente definimos como Modernismo, que contó con artistas y diseñadores de primerísimo nivel y proyección universal.

Utilizados por reyes y nobles, apropiados luego por la burguesía, que recurrió a ellos para afirmar su propiedad sobre los libros laboriosamente reunidos en promisorias bibliotecas, no fueron desdeñados por intelectuales, políticos, pintores, escultores, arquitectos, músicos, cantantes, científicos, bailarines, militares, escritores e incluso por los más despiadados dictadores. Tan amplio es su horizonte que, si se decidiera reunir una colección imaginaria de ex libris, podrían coexistir, *pari passu*, el de la reina María Cristina, regente de España, con el de Manuel Mujica Lainez, alguno de los que pudo utilizar Mussolini con el de Josephine Baker, el de Giorgio Armani con el de Franklin Delano Roosevelt, el de Hitler con el de Charles de Gaulle, el de los hermanos Goncourt con

el de Richard Strauss, el de Stefan Zweig con el de Gloria Swanson, el de Freud con el de Einstein, el de Paulette Goddard con el de Manet, el de Victoria Ocampo con el de Jack London o el de Disney con el de Pinochet.

Para muchos, los ex libris sólo parecen manifestaciones de vanidad y objetos del pasado. Sin embargo siguen presentes, y en los últimos años se ha producido un renacimiento del gusto por su utilización, acompañado, a la vez, por un floreciente interés de parte de los dibujantes y grabadores, que han encarado para ellos nuevas y singulares formas de

diseño. Numerosos son los congresos en los que se reúnen los especialistas en el tema y existe además una asociación internacional que rige y vigila las normas básicas de la materia. Debemos por lo tanto reconocer que, a pesar del tiempo transcurrido desde que vieron la luz, allá hacia fines del siglo XV, estas pequeñas etiquetas, tan unidas a lo que se ha llamado la "toilette" de los libros y a la vez tan ligadas a las manifestaciones más variadas del arte, siguen gozando de buena salud y parecen continuar sin tropiezos por un camino que sin duda les asegura un venturoso futuro. ■



Autor: s. d.  
Propietario: Victoria Ocampo  
Cliché, 8 x 8 cm  
Buenos Aires, s. f.

---

Roberto Daniel Müller. Abogado, ha publicado numerosos trabajos sobre bibliofilia, entre los cuales se encuentra *El ex libris de la Biblioteca del Jockey Club* (Buenos Aires, Biblioteca Jockey Club, 1996).





# LA HERÁLDICA DE LOS EX LIBRIS ARGENTINOS

◆ Por Bernardo Lozier Almazán ◆

Quienes concurrimos a las bibliotecas públicas o privadas, no pocas veces nos hemos sorprendido ante el hallazgo de esos papelitos aplicados en el dorso de las tapas de los libros que nos indican quién es su actual propietario o quién fue su anterior poseedor.

Antes de adentrarnos en el tema, debemos recordar que la locución latina *ex libris* significa en buen romance “de los libros de...” o si se quiere “libro perteneciente a...”, por lo que podemos considerarlo el testimonio de propiedad de un libro.

Los coleccionistas tienen otras definiciones más representativas de la verdadera esencia del *ex libris*, como aquella que dice que son “el vínculo más íntimo y más antiguo que une al libro con su propietario”, o la sostenida por Rafael Alberto Arrieta, cuando decía que “el *ex libris* debía ser considerado una síntesis espiritual de su dueño”.

La tan arraigada preocupación por conservar la posesión de los libros, originó el uso del *ex libris*, por lo que éstos son tan antiguos como los mismos libros, impresos en la imprenta tipográfica inventada en 1456 por el alemán Johannes Gutenberg (1398-1468). Hecho prodigioso que generó la rápida expansión del libro impreso, si recordamos que cincuenta años después de aquel revolucionario

acontecimiento cultural, ya se realizaban ediciones en casi toda Europa.

Como lógica consecuencia, con el advenimiento del libro impreso, también surgieron las ilustraciones grabadas en sus páginas, lo cual incrementó la demanda de expertos grabadores, generando la aparición de aquellos eximios diseñadores, de la talla de Albert Dürero (1471-1528), cuyos sucesores, dibujantes y grabadores también, fueron autores de *ex libris*, verdaderas obras de arte en tan pequeñas dimensiones.

Como bien sabemos, por aquellos tiempos sólo tenían acceso al libro por su alto costo y escasez, las clases privilegiadas: la monarquía, la nobleza, como así también las universidades, abadías, conventos y una creciente burguesía.

Por tal motivo, los *ex libris* en sus comienzos fueron generalmente heráldicos, por testimoniar mediante el escudo o blasón la identidad del dueño del libro, hasta que –ya avanzado el siglo XVIII– comenzaron a utilizarse las figuras emblemáticas o alegóricas, representativas de aspectos personales de sus propietarios, como su profesión o aficiones, preferencias artísticas, culturales o espirituales.

El gran auge que a partir del siglo XIX tuvieron los *ex libris* en Europa, pronto propagó su uso y coleccionismo en el resto del mundo.



Autor: Alejandro Sirio  
Propietario: Manuel Mujica Lainez  
Cliché, 6,5 x 6,5 cm  
Buenos Aires, s. f.



Autor: s. d.  
Propietario: Ignacio Braulio Anzoátegui  
Aguafuerte, 5,5 x 4,5 cm  
Buenos Aires, 1940

Así fue como el ex libris hizo su aparición en América, tempranamente en los Estados Unidos y Canadá, para –al fin– también instalarse en el continente hispanoamericano y particularmente en la Argentina –salvo unos pocos casos excepcionales– a fines del siglo XIX y principios del XX.

Esta muestra titulada *Ex libris en la Biblioteca Nacional*, nos rememora aquel acontecimiento cultural, mediante la exhibición de una selección de piezas representativas, procedentes de la tan importante colección de María Magdalena Otamendi de Olaciregui, actualmente incorporada al acervo de la institución.

Si bien el uso y coleccionismo en nuestro país de estas pequeñas obras de arte tuvo su auge –como decíamos– en las postrimerías del siglo XIX, la temática heráldica en los ex libris de los argentinos perduró hasta bien avanzado el democrático y republicano siglo XX.

De tal manera nos lo evoca esta cuantiosa colección de la que se exhibe el ex libris de María Magdalena Otamendi de Olaciregui, exponente heráldico de su propia realización, llevado a cabo en 1939. En el podemos observar, a la izquierda, el escudo propio de los Otamendi, originarios de Guipúzcoa, acolado a su derecha, el de su esposo el Dr. Manuel Olaciregui, también de origen guipuzcoano.

El genial escritor Manuel Mujica Lainez, autor de memorables novelas que pueblan los anaqueles de esta biblioteca, también poseía su ex libris personal, en el que exhibía las armas ancestrales de los Mujica, realizado por Alejandro Sirio (1890-1953), el eximio ilustrador de prestigiosas publicaciones porteñas y autor de numerosos ex libris de destacadas personalidades de aquel entonces, como Enrique Larreta, Alejo B. González Garaño, Eduardo Mallea, Enrique Méndez Calzada, Jorge Bunge, Pedro Chutro y tantos otros.

La Biblioteca Nacional, en su Colección Los Raros, incluye la obra titulada *Vidas de muertos*, de Ignacio B. Anzoátegui (1905-1978), distinguido intelectual, ensayista, poeta y polemista de afilada pluma, que decoraba los libros de su bien nutrida biblioteca con su ex libris heráldico, realizado en 1940 por autor aún desconocido, cuyo escudo ostenta un castillo en llamas, misterioso testimonio de una muy remota tragedia de sus vizcaínos ancestros.

Así –de manera tan sucinta– nos referimos a uno de los aspectos temáticos de los ex libris expuestos, que son materia de estudio de los coleccionistas de estas grandes obras de arte de tan pequeñas dimensiones. ■



Autor y propietario: María Magdalena Otamendi de Olaciregui  
Cliché, 9 x 7 cm  
Buenos Aires, 1939

---

**Bernardo Lozier Almazán.** Historiador, Académico Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia. Ha publicado, entre otras obras, *Santiago Liniers y su tiempo* (Buenos Aires, Emecé, 1990), y *Proyectos monárquicos en el Río de la Plata. 1808-1825* (Buenos Aires, Sammartino Ediciones, 2011).



MAGDALENA  
M M  
OLIVIERI

# EL COLECCIONISMO Y LOS COLECCIONISTAS

◆ Por Daniel Salaverria ◆

A pesar de que existen antecedentes de una colección alemana de ex libris que data de mediados del siglo XVIII, la colección que reunió Adelaide Le Caron de Fleury es la más antigua, de las que podemos identificar a su propietario. Se cree que fue formada entre los años 1780 y 1793, aproximadamente. También Jenkins de Bath (activa en torno al año 1820) formó una colección de este tipo de marcas.

Pero la práctica de reunir estas obras de arte será estimulada por la publicación del primer tratado sobre ex libris editado en el año 1875 por el francés Auguste Poulet-Malassis (1825-1878), *Les Ex-Libris Français Depuis Leur Origine Jusqu'à Nos Jours*.

Sólo cinco años después, el inglés John Byrne Leicester Warren (1835-1895) publicará *A Guide to the Study of Book-Plates*, provocando una verdadera moda entre la clase culta europea. Este tratado es considerado el impulsor del coleccionismo.

Otro factor que estimulará el coleccionismo, es la formación de la Asociación Británica en 1891, a la que rápidamente le sucederá, ese mismo año, una sociedad semejante en Alemania. En 1894 se fundarán la Asociación Francesa y la Norteamericana.

Los coleccionistas, que generalmente eran investigadores, ayudaron desde el principio

a dar un justo valor a estas obras de arte en miniatura, las cuales, hasta el siglo XIX, sólo podían ser apreciadas por los que tenían acceso a los libros de importantes bibliotecas.

Las colecciones públicas más importantes tienen precisamente su origen en el esfuerzo de los expertos que celosamente reunieron y clasificaron ex libris durante buena parte de su



Autor: s. d.  
Propietario: Pedro Narciso Arata  
Aguafuerte, 6 x 6 cm  
Buenos Aires, s. f.

vida. Este es el caso de Sir Augustus Wollaston Franks (1826-1897), que legará su colección al patronato del Museo Británico, y que hoy constituye la base de la colección más importante del mundo.

### En Argentina

Según Francisco Esteve Botey en su libro *Ex libris y ex libristas*, el señor José Eugenio Compiani (1881-1940) poseía, en la primera mitad del siglo XX, una colección de más de dos mil marcas de biblioteca.

María Magdalena Otamendi de Olaciregui (1920-1977), fundadora de la Asociación Argentina de Exlibristas, logró reunir una muy significativa colección, la que fue donada por sus herederos a la Biblioteca Nacional. Esta colección es la más numerosa de Sudamérica y está integrada por aproximadamente unas 22.000 marcas originales, además de matrices, catálogos y libros sobre el tema.

También Miguel Alfredo Oliver (1912-2008) fue un experto en este tema.

Arturo Peña, Ana María Anasagasti de Moody y Justa Dose de Zemborain (1894-1978) formaron sus propias colecciones.

Sería injusto dejar de citar al diplomático y bibliófilo nacido en Montevideo, Fermín Carlos de Yéregui, gran propagador del ex libris en el Río de la Plata y el único sudamericano que en 1900 formaba parte de la Société française des collectionneurs d'ex-libris. Yéregui contó con una gran variedad de marcas para el intercambio, algunas de las cuales fueron encomendadas a destacadísimos artistas europeos.

En la actualidad son poseedores de marcas de bibliotecas argentinas antiguas: Carlos Dellepiane Cálcena (diplomático e historiador), Bernardo Lozier Almazán (historiador, perteneciente al IBAN), Roberto Müller (historiador e investigador, ex director de la biblioteca del Jockey Club Argentino) y Daniel Salaverria (artista plástico e investigador). ■



Autor: s. d.  
Propietario: Arturo Peña  
Cliché, 12,5 x 8,5 cm  
Londres, 1930



Autor: Alfonso Bosco  
Propietario: J. E. Compiani  
Aguafuerte, 13 x 10 cm  
Buenos Aires, s. f.



Autor: Emilio Bertrán  
Propietario: Biblioteca del Congreso Nacional  
Cliché, 6,5 x 9,5 cm  
Buenos Aires, 1903

Daniel Salaverria. Artista plástico. Especialista en ex libris. Autor de *Primeros ex libris impresos durante los siglos XV y XVI y Marcas de impresores* (Buenos Aires, Sudamericana, 2012).





# HISTORIA DEL EX LIBRIS ARGENTINO

◆ Por Daniel Salaverria ◆

La utilización de ex libris en la República Argentina tiene su antecedente más lejano en torno al año 1690, representado por una marca utilizada por los jesuitas de la Biblioteca de la Universidad Mayor de Córdoba. Esta marca, además de ser pionera en nuestro suelo, es el ex libris más antiguo conocido en Sudamérica, según afirma Benoît Junod.

La práctica de identificar a los propietarios de los libros también fue común en la etapa revolucionaria. Un claro ejemplo es el austero ex libris del General Don José de San Martín. De este ex libris, proveniente de España, se conocen dos versiones que sólo difieren en las guardas, similares a la empleada por los jesuitas, ya que están resueltas tipográficamente y coinciden con la época en que las marcas de propiedad atravesaban un período de franca decadencia, en el cual tanto los comitentes como los artistas parecieron preocuparse más por la función práctica que por la estética.

La clasificación más común para las marcas de biblioteca establece que la era Moderna comienza hacia la última década del siglo XIX y coincide con la llegada de los grandes grupos migratorios al país. Es ese el momento en el cual, entre los intelectuales poseedores de importantes bibliotecas, comienza a generalizarse el uso de marcas de propiedad, que

eran encomendadas a artistas europeos o a las casas grabadoras de París, uno de los destinos más frecuentados por la clase acomodada. Dentro de este grupo de bibliófilos podemos citar a Estanislao Zeballos (1854-1923), jurisperito, político, historiador y decano de la Facultad de Derecho, y al coleccionista de armas J. R. García Donnell. Sus ex libris están resueltos con motivos alegóricos, que comenzaban a reemplazar a los hegemónicos motivos heráldicos que habían reido por más de cuatro siglos.

El ex libris del farmacéutico, químico, profesor y médico Pedro Narciso Arata (1849-1922) constituye un hito dentro del ex libris nacional. De acuerdo con la opinión de gran parte de los investigadores, se trata de la primera marca impresa en la Argentina cuya realización se debe a la Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, en torno al año 1890. Es un grabado a buril sobre acero de 48 x 37 mm. A través de la profunda investigación realizada por el ingeniero Diego Medan podemos afirmar que fue diseñado por el italiano Alfonso Bosco y transferido a la plancha metálica por Jakob Gottfried Wilhelm Nüesch.

Esta costumbre de utilizar ex libris se vio potenciada por un grupo de catalanes encabezados por Antonio Pellicier, quien desde las páginas

de la revista *Éxitos Gráficos* destacó la importancia de poseer una marca de pertenencia.

Los artistas que realizaron trabajos para los bibliófilos locales no siempre fueron nacidos en nuestro suelo, lo que imposibilita tender una línea clara en el relato de la evolución de las marcas de biblioteca en la República Argentina. De acuerdo con estos antecedentes, se pueden establecer los siguientes criterios para analizar las colecciones de ex libris de la Argentina:

1. Pertenecientes a propietarios argentinos o residentes en nuestro país.
2. Pertenecientes a instituciones argentinas o extranjeras establecidas en nuestro territorio.
3. Realizados por artistas argentinos.
4. Marcas halladas en Argentina adheridas a libros pertenecientes a bibliotecas o a libros sueltos.

Este último criterio es el que resulta menos confiable ya que, en el caso de los ejemplares sueltos, no garantizan su pertenencia a bibliotecas que se encuentren en el país.

Como vimos hasta aquí, muchos bibliófilos de finales del siglo XIX y principios del XX encomendaron sus ex libris a casas de grabado francesas; otros, realizaron sus encargos a talleres de artistas alemanes, italianos o españoles –de estos últimos, se conocen muchos ejemplos–. Algunos de los artistas y casas de grabado identificados en dichas colecciones son:

**Italia:** *Alfonso Bosco* (1858-1921), para su propia biblioteca, c. 1910.

*Adolfo De Carolis* (1874-1928), para Adolfo A. Pozzo, c. 1920.

**Francia:** *Georges Rochegrosse* (1859-1938), para Martín Aldao.

**España:** *Emilio Beltrán* (1880-?), para el Congreso de la Nación Argentina.

*José Triadó Mayol* (1870-1929), para el Centre Catalá de Bons Aires.

**Alemania:** *George Otto* (1868-1939), para Richard Wilhelm Staudt, 1924.

*Frank Sepp* (1899-1970), para el Dr. Karl Leopold Mayer.

Las casas francesas de grabado ofrecían impresos de lujo, imprimían los blasones para la nobleza europea y para las familias aristocráticas de todo el mundo. Las más importantes tenían su asiento en París.

**Agry Graveur.** Es la casa de grabado más antigua de París, fundada en 1825. Agry realizó la marca de Fermín Carlos de Yéregui.

**Maison Devambe.** Casa editora de arte, fundada en 1826. Fue la que grabó el ex libris para Ricardo Lafuente Machain en 1923.

**Maison Stern Graveur.** Fundada en 1849, realizó los ex libris de Carlos M. Mayer y Miguel Ángel Cárcano.



Autor: s. d.  
Propietario: J. R. García Donnell  
Cliché, 14 x 7,5 cm  
Austria, s. f.

En torno al Centenario de la República Argentina, arribaron al país dibujantes españoles que tendrían luego un rol protagónico en la ilustración de libros, revistas y diarios. Entre ellos se destacaron artistas de la talla de Emilio Bertrán, quien a pesar de su juventud ya ocupaba un lugar importante en el campo del diseño de ex libris en su país de origen, y Alejandro Sirio (1890-1953), que llegó a Buenos Aires en 1911 para trabajar como ilustrador en las revistas *Caras y Caretas*, *El Hogar*, *Plus Ultra* y en el diario *La Nación*.

Sirio, artista versátil, también nacido en España, desarrolló la totalidad de su fecundo trabajo en Buenos Aires. Tomó contacto con la obra del británico Aubrey Beardsley (1872-1898) a través de publicaciones como la revista inglesa *The Studio*, que difundía todo lo nuevo concerniente a las artes decorativas y a las vanguardias modernistas. Artista al tanto de las corrientes internacionales, publicó una nota en 1943 en la que mencionaba la obra de los grandes maestros que actuaron en Inglaterra, como William Morris (1834-1896), y en Francia, tales como Eugène Grasset (1845-1917), Georges Auriol (1863-1938) y Bernard Naudin (1876-1946).

También desarrolló su arte en Buenos Aires por un corto período, el catalán Joan Vila i Pujol (1890-1947), conocido por el seudónimo de D'Ivori. Emigró a la Argentina en el año 1911 y, si bien se encontró adherida en un libro la marca de su compatriota, el Dr. Francisco Condeminas Mascaró (1890-1959), puede corresponder a un trabajo realizado en España, dada su corta estadía en nuestro país. Su participación en la revista *Caras y Caretas* hace suponer que su trabajo, de alguna manera, influyó en el medio gráfico local. Podemos encontrar características comunes en las imágenes de D'Ivori y en las de Sirio: la línea continua y sin modulación y los grandes planos en forma de telones utilizados para reforzar la lectura de la escena ilustrada. Todos estos recursos fueron introducidos en la ilustración por el revolucionario Aubrey Beardsley. La presencia de rasgos estilísticos comunes puede deberse al hecho de que estos artistas compartieron lugares de trabajo y,



Autor: Stern  
Propietario: Carlos M. Mayer  
Aguafuerte, 6,5 x 5 cm  
París, s. f.

seguramente, intercambiaron conocimientos, tanto estéticos como los inherentes al oficio. D'Ivori, además, fue alumno de Triadó, quien transmitió a su discípulo sus profundos conocimientos de la historia del arte y del dibujo, de los cuales D'Ivori se nutriría hasta dar con su estilo personal. La posición de Triadó como director artístico de la *Revista Ibérica de Ex Libris* le permitió, a él y a su círculo, tomar contacto con los ilustradores más importantes de Europa.

En una línea diferente se manifestó la figuración de Luis Fernando Macaya (1888-1953), que produjo marcas para bibliófilos. Su estética es más cercana a la del británico William Nicholson (1872-1949), quien, con pocos trazos en forma de mancha, podía sugerir movimiento y profundidad de campo. Luis Macaya también ingresó al país en 1911. Este español ocuparía un papel protagónico en la ilustración de múltiples publicaciones locales. La terminación un tanto rústica o inacabada de sus dibujos tiene algo en común con la obra de otro artista británico, Joseph Simpson (1879-1939), poseedor de un excelente manejo de las tensiones

dentro de la estampa. Otro factor común a ambos artistas es la utilización de un campo cercado por un marco de trazo grueso para sus dibujos, similar a los recuadros que dejan los xilógrafos para que el rodillo tenga una guía de desplazamiento al momento de entintar el taco.

En los años siguientes, el ex libris nacional sería liderado por los artistas nacidos en nuestro suelo, o los que adoptaran la Argentina como su país. Entre ellos, realizaron marcas para bibliotecas:

Martín Malharro (1864-1911)  
 Antonio Alice (1886-1943)  
 Valentín Thibon de Libian (1889-1911)  
 Juan Carlos Huergo (1889-1962)  
 Alfredo Guido (1892-1967)  
 Gustavo Cochet (1894-1979)  
 Adolfo Bellocq (1899-1972)  
 Pompeyo Audivert (1900-1977)  
 Norah Borges (1901-1998)  
 Víctor Delhez (1902-1985)  
 Ma. Magdalena Olaciregui de Otamendi (1920-1977)  
 Margarita Roux (1880-?)  
 Gregorio López Naguil (1894-1953)

En la última década del siglo XX podemos reconocer en la Argentina un nuevo período que sería justo denominar “La era de los concursos”, en el cual la función utilitaria del ex libris pasará a un plano secundario para darle mayor importancia a la idea estética.

A pesar de que el interés de los poseedores de libros por tener un marca personal para sus bibliotecas ha decrecido en nuestro país, y en momentos en los que la tecnología parece querer arrebatar la hegemonía que desde la invención de la imprenta han tenido los libros, existe hoy un resurgimiento del estudio de los ex libris, paradójicamente estimulado por los medios tecnológicos que permiten la difusión de este aspecto de la historia del arte que parecía olvidado.

En la actualidad, los grabadores argentinos son asiduos participantes de concursos

internacionales, en los cuales han obtenido numerosas distinciones. Un rasgo característico es la presencia de la mujer como diseñadora de ex libris. Se destacan, entre muchos otros creadores:

Nidia Brandolín (1925)  
 Claudio Lara (1955)  
 Graciela M. Lidigiani (1968)  
 Enrique Pérsico (1929)  
 Marcela Miranda (1956)  
 Alejandra Genolet (1970)  
 Adrián Giacchetti (1945-2007)  
 Marcelo Aguilar (1958)  
 Alejandro Iglesias (1971)  
 Alicia Grebol (1946)  
 Graciela Ciampini (1958)  
 Muriel Fraga (1972)  
 Celia Schulman (1939)  
 Liliana Esteban (1959)  
 Esteban Grimi (1972)  
 Irene Bogo (1942)  
 Juan A. Arjona (1959)  
 Julieta Warman (1975)  
 Mauricio Schwarzman (1947)  
 Pablo Delfín (1959)  
 Verónica Meloni (1974)  
 Hilda Paz (1950)  
 Rubén R. Sassano (1960)  
 Andrés Torregiani (1976)  
 Dora Bianchi (1950)  
 Blanca Saccomano (1960)  
 Marcela Purita (1976)  
 Osvaldo Jalil (1950)  
 Elena Davicino (1961)  
 Eva Farji (1978)  
 Silvana Blasbalg (1950)  
 Gladys Muñoz (1963)  
 Marcela N. Pankok (1978)  
 René Oreste Mundo (1951)  
 Andrea Riccardi (1964)  
 Perla Marguilis (1952)  
 Sandra Laporta (1965)

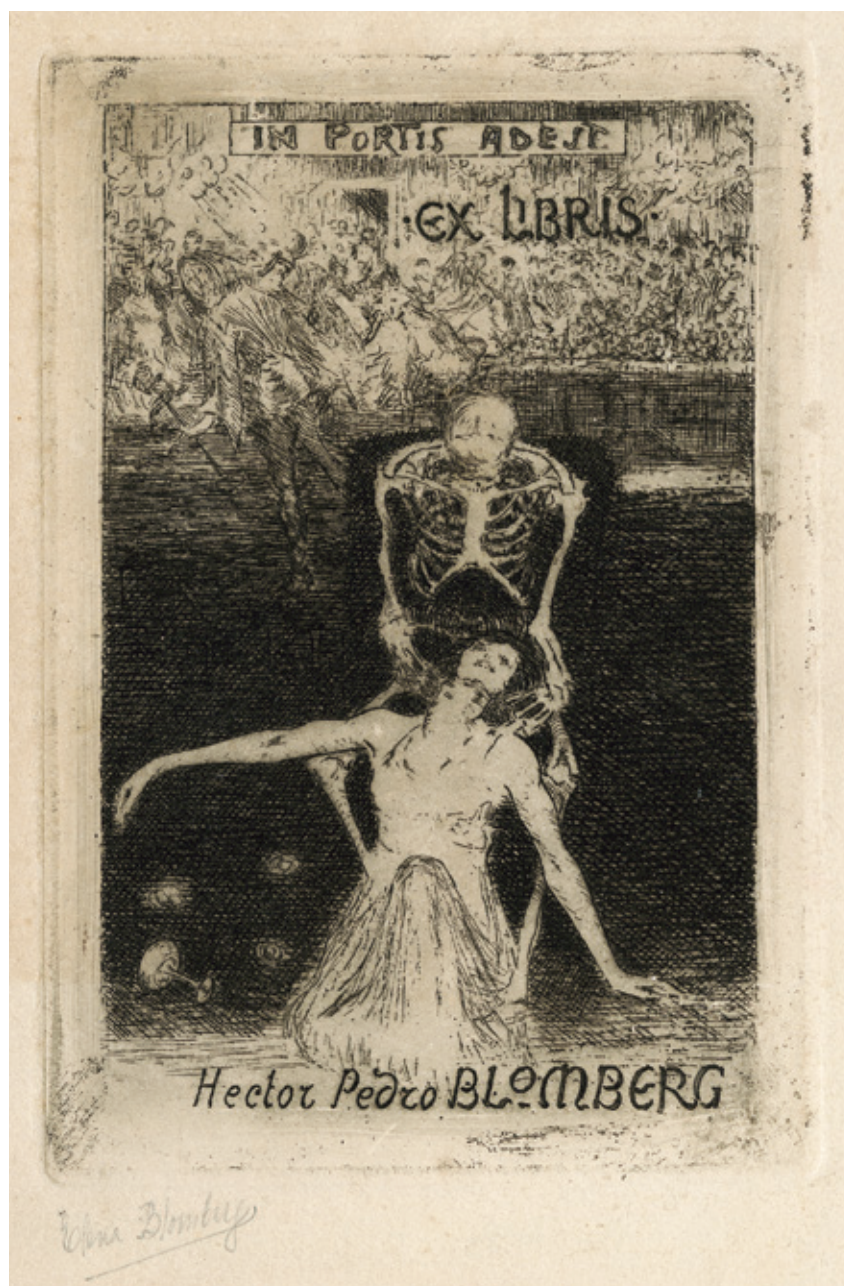
Como ha sucedido desde nuestros orígenes, la intermitente afluencia de inmigrantes confirió a los ex libristas argentinos una constante e inevitable transformación. Si tratáramos de encasillarlos en un estilo nos encontraríamos con un eclecticismo que también podemos observar en el resto de las artes. Probablemente, esta sea su principal característica.

En la actualidad, los coleccionistas y bibliófilos de todo el mundo requieren estampas en las que se muestre una mayor audacia en el colorido vibrante y en la incursión de nuevas técnicas. Tal vez nuestro país, por tener una historia breve, no arrastre el peso del pasado que poseen los países europeos y sus artistas puedan por ello permitirse una visión más original. ■



Autor: s. d.  
Propietario: Adolfo A. Pozzo  
Cliché, 11 x 7 cm  
Buenos Aires, s. f.





Autor: Elena Blomberg  
Propietario: Héctor Pedro Blomberg  
Aguafuerte, 17 x 11 cm  
Buenos Aires, s. f.



Autor y propietario: Alfonso Bosco  
Aguafuerte, 14,5 x 11,5 cm  
Buenos Aires, s. f.





Autor: Idrus  
Propietario: Ernesto Quesada  
Cliché, 7 x 10 cm  
Buenos Aires, 1915



Autor: Alejandro Sirio  
Propietario: Jorge Bunge  
Cliché, 13 x 10 cm  
Buenos Aires, s. f.



Autor: s. d.  
Propietario: Clemente Onelli  
Zincografía, 6 x 9 cm  
Buenos Aires, s. f.



Autor: Adolfo Bellocq  
Propietario: Fernando Lavenas  
Xilografía, 11,5 x 8,5 cm  
Buenos Aires, s. f.



Autor: Rose Reinhold  
Propietario: Manuel A. Ortiz  
Xilografía, 11 x 8,5 cm  
Viena, s. f.



Autor: Adolfo Bellocq  
Propietario: A. C. Mayon  
Xilografía, 7,5 x 6,5 cm  
Buenos Aires, s. f.



Autor: Adolfo Bellocq  
Propietario: Eduardo R. Torello  
Xilografía, 11,5 x 8,5 cm  
Buenos Aires, s. f.



Autor y propietario: Pompeyo Audivert  
Xilografía, 18 x 12,5 cm  
Tucumán, 1947



Autor: Rodolfo Castagna  
 Propietario: Casa Impresora Colombo  
 Cliché, 9 x 7,5 cm  
 Buenos Aires, s. f.



Autor: s. d.  
 Propietario: José Pires Dos Santos  
 Cliché, 12x 7 cm  
 Río de Janeiro, s. f.



Autor: s. d.  
 Propietario: Lucía María Sa d'Almeida  
 Cliché, 9,5 x 7 cm  
 Río de Janeiro, s. f.



Autor: S. Boiborá  
 Propietario: Jorge de Villas-Boas  
 Zincografía, 11 x 9 cm  
 Río de Janeiro, s. f.



Autor: Víctor Rebuffo  
Propietario: María Magdalena Otamendi de Olaciregui  
Xilografía, 17,5 x 11 cm  
Buenos Aires, s. f.



Autor: Ernesto Furió  
Propietario: Manuel A. Ortiz  
Aguafuerte, 10,5 x 16 cm  
España, 1965

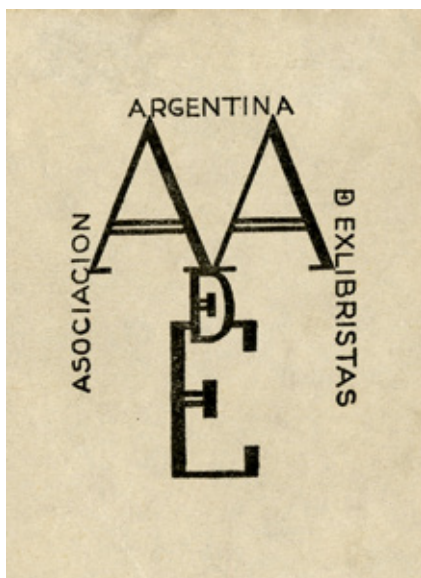




Autor: Adolfo Bellocq  
Propietario: Editorial Estrada  
Xilografía, 12 x 10 cm  
Buenos Aires, s. f.



Autor: Jaroslav Šváb  
Propietario: María Magdalena Otamendi de Olaciregui  
Linografía, 14 x 10 cm  
Checoslovaquia, 1967



Autor: María Magdalena Otamendi de Olaciregui  
 Propietario: Asociación Argentina de Exlibristas  
 Cliché, 8 x 6 cm  
 Buenos Aires, s. f.



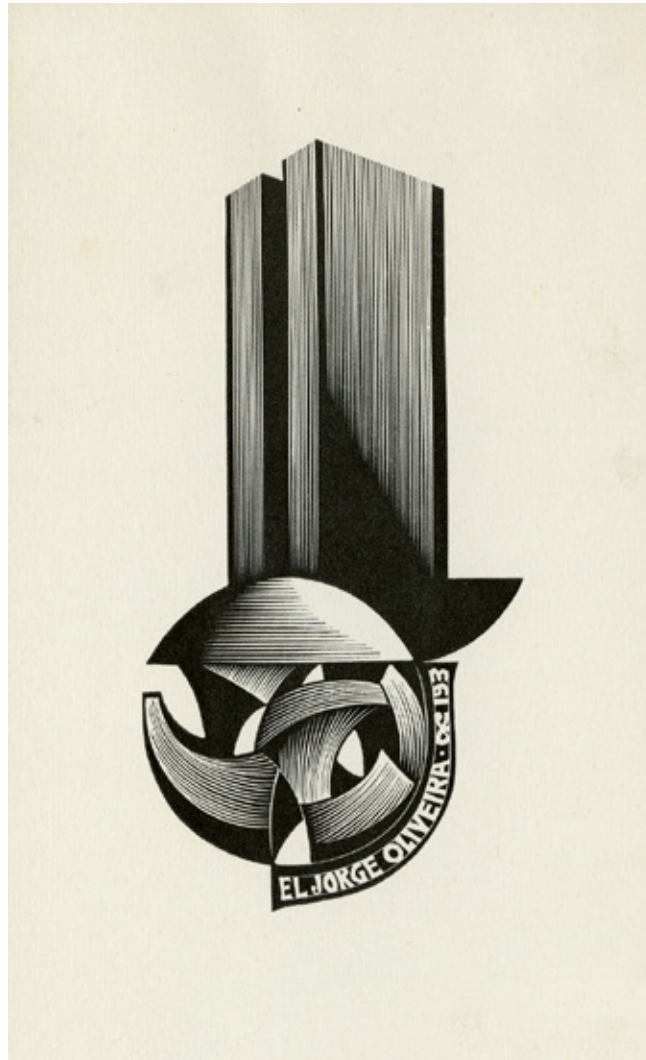
Autor: Alejandro Sirio  
 Propietario: Eduardo Mallea  
 Cliché, 8 x 7 cm  
 Buenos Aires, s. f.



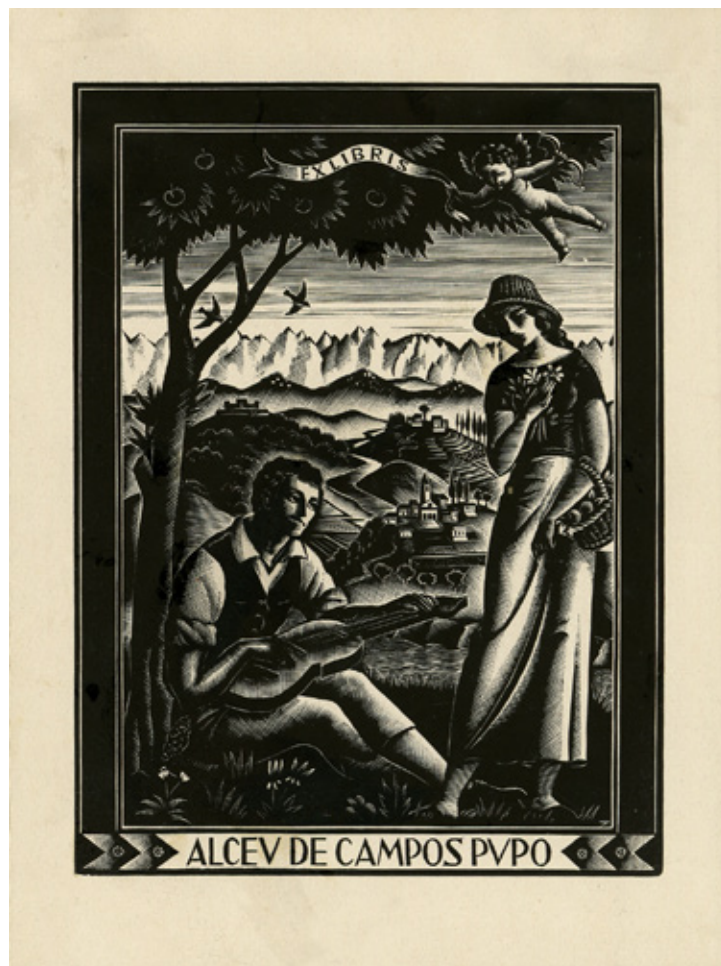
Autor: s. d.  
 Propietario: Vida Infantil  
 Cliché, 9 x 7,5 cm  
 Río de Janeiro, s. f.



Autor: Alberto Lima  
 Propietario: Arlindo Viana  
 Xilografía, 10 x 8 cm  
 Río de Janeiro, 1950



Autor: s. d.  
Propietario: Jorge Oliveira  
Xilografía, 13 x 8 cm  
San Pablo, s. f.



Autor: Italo Zetti  
Proprietario: Alceu De Campos Pupo  
Xilografia, 13 x 9,5 cm  
Italia, s. f.



Autor: Adolfo Bellocq  
 Propietario: Carlos F. Rophille  
 Xilografía, 10 x 5 cm  
 Buenos Aires, s. f.



Autor: s. d.  
 Propietario: Kleber Cardoso  
 Cliché, 9 x 4 cm  
 Río de Janeiro, 1950



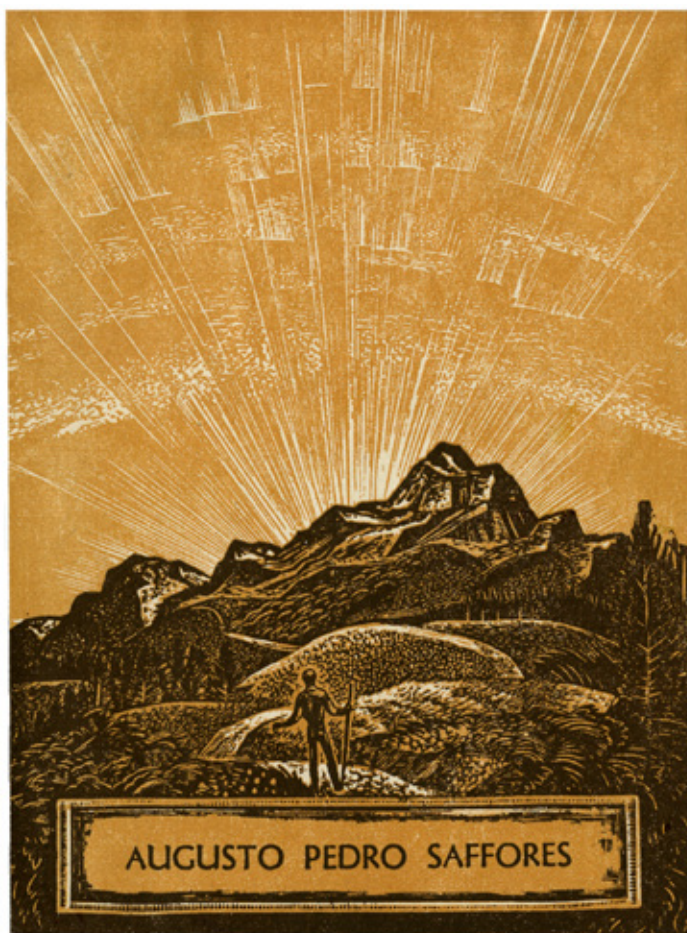
Autor: s. d.  
 Propietario: Federico Vogelius  
 Cliché, 5 x 4,5 cm  
 Buenos Aires, s. f.



Autor: Italo Zetti  
 Propietario: María Magdalena Otamendi de Olaciregui  
 Xilografía, 8 x 6,5 cm  
 Italia, 1964



Autor: Kertes Kollmann  
Propietario: María Magdalena Otamendi de Olaciregui  
Litografía, 13,5 x 9,5 cm  
Hungria, 1970



Autor: s. d.  
Propietario: Augusto Pedro Saffores  
Cliché, 10 x 7,5 cm  
Buenos Aires, 1954





Autor: Alejandro Cirio  
Propietario: Enrique Larreta  
Linografía, 8 x 7 cm  
Buenos Aires, s. f.



Autor y propietario: Jorge Oliveira  
Cliché, 10,5 x 8 cm  
Valença, 1960

## Presidenta de la Nación

Cristina Fernández de Kirchner

## Ministra de Cultura de la Nación

Teresa Parodi

---

### Biblioteca Nacional Mariano Moreno

**Director** Horacio González

**Subdirectora** Elsa Barber

**Director de Cultura** Ezequiel Grimson

**Directora del Museo del libro y de la lengua** María Pia López

**Directora Técnico Bibliotecológica** Elsa Rapetti

**Director de Administración** Roberto Arno

### Equipo de realización y producción

**Curaduría:** Guillermo David. **Colaboradores:** Ana Lucía González, Analía Fernández Rojo, María Etchepareborda, Romina d'Espósito, Camila Gómez Zurita, Olga Cerezo, Mariana Monteagudo Tejedor. **Diseño gráfico:** Máximo Fiori, Veronique Pestoni, Daniela Carreira. **Corrección:** Laura Romero. **Montaje:** Christian Torres, Susana Fitere, Adriana Roisman, Alejandro Muzzupappa, Andrés Girola.

**Sala del Tesoro** María Etchepareborda, Eduardo Álvarez Posse, Olga Cerezo, Graciela Díaz, Romina d'Espósito, Gustavo Vega, Laura Rosato, Paula Castro, Lorena Ghirimoldi, Camila Gómez Zurita, Juan Pablo Canala, Marina Sobrero, María Gabriela Melcon, Mariana Monteagudo Tejedor, Erwin Hochbaum.

**Área de Preservación** Ercilia Galliussi, Armando Echeverría, Brenda Zerhau, Elena Tola, Juan Ignacio Dematine, Juan Pablo Avellaneda, Luciana Agüero, María Eugenia Da Ré, Mariela Cipolla, Noemí Cavallo, Perla Yañez, Rubén Fernández, Sebastián Botindari, Sonia Martínez, Vanesa Muzzopappa, Victoria López Alcoba, Viviana Azar.

**Dirección de Cultura** Margarita Ardengo, Daniel Campione, Bárbara Maier, Vera Taborda, Alejandro Virué, Magdalena Calzetta, Martina Kaplan, Bruno Basile, Manuel Valverde.

**Coordinación de Estudios e Investigaciones** Roberto Casazza, Lucía Casasbellas, Gustavo Míguez, Tomás Schuliaquer, Nicolás Reydó, Eugenia Santana Goitia, Florencia Ubertalli.

**Departamento de Producción** Martín Blanco, Valeria Nadra, Juliana Vegas, Pamela Miceli, Gabriela De Sa Souza, Carla García Buforn, Diana Rivas.

**Área de Diseño Gráfico** Luisina Andrejerak, Valeria Gómez, Santiago Fanego, Ximena Escudero, Daniela Carreira, Máximo Fiori, Samir Raed Ahumada, Notburga Véronique Pestoni, Juan Martín Serrovalle.

**Departamento de Relaciones Públicas e Institucionales** Carlos Bernatek, Christian Torres, Susana Fitere, Adriana Roisman, Alejandro Muzzupappa, Andrés Girola, Gonzalo Garabedian, Alejandro Rodríguez Álvarez, Valeria Agüero, Vanesa Sandoval, Mariela Gómez, Pablo Hounie, Pablo Cecchi, Jimena Maetta, Juan Argüello, Úrsula Anibal, Solange Porto, Valeria Gilaberte.

**Departamento de Comunicación** Ximena Talento, Laura Romero, Natalia Bellotto, Martín Ponce, Diego Vega, Marcelo Huici, Isabel Larrosa, Silvina Colombo, Mariano Molina, Abelardo Cabrera, Ignacio Torres, Ana Da Costa, Osvaldo Gamba, Susana Szakváry, Lucía Gómez Muñoz, Ingrid Pelicori, Gastón Francese.

**Prensa** Amelia Sara Laferriere, Juan Martín Sigales, Maximiliano Canda, Nicolás Martins, Julia Nancy, María Sol Aguilar.

**Tapa** Ana R. Gutierrez, Diana Bani, Víctor Rebuffo, Fritz von Bötel, Adolfo Bellocq, Alfonso Bosco, Eduardo M. Suárez Danero.





BIBLIOTECA NACIONAL  
MARIANO MORENO